

## 126.—PARÁBOLA DEL FARISEO Y DEL PUBLICANO.

PRELUDIO 1.º Un fariseo y un publicano subieron al templo á orar; aquél hacia su oración con gran soberbia, y fué rechazada; éste la hizo con profunda humildad, y fué escuchada.

PRELUDIO 2.º Representate á estos dos hombres orando en el templo, cada uno á su manera.

PRELUDIO 3.º Píde la gracia de saber orar como el publicano.

**Punto 1.º** *Actos de soberbia del fariseo.*—Considera cómo el fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo, diciendo: «Dios, gracias te doy, porque no soy como los demás hombres, robadores, injustos, adúlteros, ni como este publicano; pago los diezmos de todo, y ayuno dos días cada semana». En estas palabras cometió varios actos de soberbia, por los cuales mereció ser reprobado. Primeramente, se tuvo por santo y lleno de virtudes, de donde procedió que en su oración, ninguna cosa pidió á Dios, ni perdón de sus pecados, ni que le conservase ó aumentase los dones, como si de ello no tuviera necesidad. Luego, con título de acción de gracias, sólo pensó en alabarse y jactarse de sus obras buenas, saboreándose en ellas, de modo que sólo con la boca daba gracias á Dios, mas con el corazón á sí mismo se las daba; y así, dice el Evangelista, que oraba *apud se*, consigo, no *apud Deum*, con Dios. Además, se antepuso á todos los demás hombres, teniéndose por mejor que todos, y por singular en la virtud, como si él solo fuera bueno entre todos. En cuarto lugar, hizo mucho caso de sus buenas obras, aunque pequeñas de suyo, porque las comparaba con las malas de los otros, debiendo hacer lo contrario; y solamente hizo caso de cosas exteriores, como era ayunar y pagar diezmos; lo cual hacía por vanidad, no reparando en que era sepulcro blanqueado<sup>1</sup>; y que de dentro estaba lleno de inmundicia y hediondez. Por último, despreció á todos los hombres, y á su compañero el publicano teniéndolos en poco; y además, de este juzgó temerariamente que todavía era pecador, pudiendo sospechar que estaba arrepentido por las señales que de ello daba. En todo lo cual se ve cuán ciego estaba el desgraciado fariseo, y cómo ciega la soberbia para conocer sus propias cosas y las ajenas, viendo la paja<sup>2</sup> en el ojo del hermano, y no viendo la viga en el propio. ¡Oh soberbia abominable! ¡Oh bestia monstruosa, ciega para ver los males que tienes, y presuntuosa de los bienes que no tienes! Y ¿no abominamos nosotros la soberbia de este fariseo? ¿Le imitamos en sus palabras, conversaciones ú oraciones? ¿Menospreciamos, como él, á los demás? ¡Oh Dios mío! Confieso que he seguido los pasos desatinados de aquel que,

<sup>1</sup> Luc., xviii, 11. — <sup>2</sup> Matth., xxiii, 27. — <sup>3</sup> Matth., vii, 3.

siendo religioso en la profesión, era profano en la vida; mas vuestra gracia me puede trocar, para que desde hoy mi vida sea en todo conforme con la profesión que por vuestra misericordia he abrazado.

**Punto 2.º** *Actos de humildad del publicano.*—Considera ahora la oración del publicano, el cual, puesto en pie, apartado muy lejos de lo superior del templo, no se atrevía á levantar los ojos al cielo, é hiriendo su pecho, decía: «Dios, sé propicio á mí, pecador». En ella resplandecen varios actos de humildad, contrarios á los de soberbia del fariseo, por los cuales mereció ser acogida benignamente por el Señor. El primer acto de humildad fué tenerse por indigno de estar cerca de Dios, y aun de estar cerca del fariseo, y así se apartó lejos, á la parte inferior del templo, escogiendo el postrer lugar de todos. El segundo fué no atreverse á levantar los ojos al cielo, pareciéndole que ni merecía premio de Dios, ni sus obras podían parecer delante de Él; y así, de vergüenza y confusión, los tenía clavados en tierra. El tercero fué herir su pecho, mostrando con esto el dolor interior que sentía de sus pecados, y el deseo que tenía de castigar su carne por ellos, juntando las tres partes de la humilde penitencia: corazón contrito y humillado, humilde confesión de sus culpas, y satisfacción del modo que podía. El cuarto fué pedir perdón á Dios para sí solo, como si él solo fuera pecador en el mundo, no juzgando de otros que lo fuesen, ni del fariseo; y si por ventura oyó las palabras con que le despreciaba, no se indignó contra él teniéndose por digno de desprecio. El quinto fué confiar mucho en la misericordia de Dios, porque no oró con muchas palabras, pareciéndole que para Dios bastan pocas, y que no está el ser oído en la muchedumbre de ellas. Á imitación de este publicano, has de acompañar tu oración con estos fervorosos actos de humildad, repitiendo muchas veces su breve y fervorosa oración: «Dios mío, sé propicio á mí, pecador, y gran pecador»; sé propicio á este hombre soberbio, iracundo, perezoso. ¡Oh virtud soberana de la humildad, maestra de todas las virtudes! Tú me enseñas á amar y confiar en Dios, y á tenerle reverencia y amor, y á no despreciar á nadie, sujetándome á todos, teniéndome por el más vil de todos. ¡Oh quién imitase á este publicano, no ya publicano, sino santo, pues su humildad publica su santidad! ¡Oh alma mía! La humildad es el imán poderoso que atrae las gracias de Dios. ¿Cómo la practicas? ¿Imitas al publicano?

**Punto 3.º** *Sentencia que dió Jesús á estos dos personas.*—Considera en este punto la sentencia que Jesucristo, rectísimo juez, dió á estos dos hombres, diciendo: «Digoos de verdad que este publicano bajó del templo justificado, mas no el fariseo; porque todo hombre que se ensalza será humillado, y el que se

<sup>1</sup> Luc., xviii, 13.

humilla será ensalzado». Acerca de lo cual has de ponderar primeramente cómo Cristo, nuestro soberano juez, no se paga de cosas exteriores, si no penetra lo interior, y ve las intenciones y afectos del corazón, de donde nacen las obras, y según éstos da la sentencia de justificación ó condenación; al revés de los demás hombres, que miran solamente lo exterior, y así se engañan muchas veces. Pondera luego cuán poderosa es la humildad y cuán agradable á Dios, pues de públicos pecadores hace hombres muy justos; y, al contrario, cuán abominable es la soberbia, pues á los que eran justos pervierte y trueca en grandes pecadores; y la causa es porque el soberbio, atribuyéndose las virtudes á sí mismo, con su vana complacencia las destruye, humillándole Dios porque se ensoberbeció; pero el humilde, atribuyéndose los pecados á sí, con verdadera displicencia los deshace, ensalzándole Dios porque se humilló. Reflexiona, finalmente, sobre aquella sentencia general con que Jesús termina esta parábola<sup>1</sup>: Todo hombre, de cualquiera estado y condición que sea, eclesiástico, seglar ó religioso, noble ó plebeyo, letrado ó idiota, si se humilla de verdad, será ensalzado; y en lo mismo que se humillare, Dios le ensalzará, ó en esta vida, si le conviene, ó en la otra con grande gloria. Y al contrario, quienquiera de éstos que soberbiamente se ensalzare, será humillado en esta vida ó en la otra. Por lo cual has de tener grande amor á la humildad y horror á la soberbia, estando cierto que por humillarte no has de perder la exaltación que te conviniere para tu salvación eterna, y si te ensoberbeces, tu caída será segura. ¡Oh dulcísimo Jesús! ¡Cuán distintas son vuestras trazas de las del mundo! El mundo aprecia, honra y ensalza á los soberbios; Vos ensalzáis y glorificáis á los humildes, y nos enseñáis de palabra y con el ejemplo, que el único y cierto camino para subir á la exaltación verdadera, es abrazarse con la humildad profunda. ¡Oh alma! Mira que tu corazón y afectos no contradigan á tus obras exteriores; ora de tal modo, que Jesús oiga tus oraciones. ¿Deseas ser ensalzada? ¿Cómo practicas la humildad, que es el único camino para la exaltación?

**Epílogo y coloquios.** ¡Qué repugnancia despierta la soberbia, y qué atractivo tan divino tiene la humildad! El soberbio fariseo, lleno de amor propio, sube al templo, aparentando querer orar; pero realmente no pretende otra cosa que alabarse á sí mismo y afrentar y menospreciar á los demás. ¡Qué juicio tan elevado forma de sí! Se cree lleno de virtudes y dones, y por esto nada pide; en vez de orar, se alaba y cuenta sus buenas obras, haciendo mucho caso de las cosas más insignificantes y parándose en solas exterioridades; nadie es bueno sino él mismo, y la misma actitud humilde y suplicante del publicano, enciende más

<sup>1</sup> Luc., xiv, 11; Prov., xvi, 19.

su orgullo y de ella toma pie para menospreciarle. Entretanto, el pobre publicano, compungido y avergonzado de sí mismo, ni siquiera se atreve á subir hasta lo más interior del templo, teniéndose por indigno de acercarse á Dios y aun de levantar los ojos al cielo; hiere con dolor el pecho, y en breves y humildes palabras confiesa su miseria y pide el remedio de ella. ¿Qué sentencia dará Jesús á estos dos hombres? El mundo hubiera mirado con desprecio al arrinconado publicano y llenado de aplausos al fariseo; pero Jesús no se satisface con aparentes exterioridades; penetra el corazón, y según Él ve, juzga; y como vió el orgullo y exaltación del fariseo, le humilló; y como vió la humillación y vergüenza del publicano, le exaltó, cumpliéndose la sentencia: Quien se humillare será ensalzado, y quien se exaltare será humillado. ¿Qué hacemos nosotros? ¿Qué sentencia deseamos que nos dé Jesús? ¿Qué sentencia nos habría de dar en este momento si nos llamara á juicio? ¿Mereceríamos la exaltación, ó habríamos de ser humillados? Acordémonos de la excelencia y provecho grande que encierra la humildad, y para alcanzarla, hagamos propósitos de practicarla, pidamos gracia para vencer la soberbia, y roguemos por todas las necesidades.

#### 127.—PARÁBOLA DE LOS OBREROS ALQUILADOS.

PRELUDIO 1.º Á diversas horas del día, el Padre de familias llamó obreros para su viña; y al terminar, dió á todos la misma paga, por lo que los que habían trabajado todo el día murmuraban de él.

PRELUDIO 2.º Representate á este Padre de familias saliendo repetidas veces á llamar obreros.

PRELUDIO 3.º Pide docilidad á la vocación y fervor en el trabajo.

**Punto 1.º Llamamiento de los obreros.**—Considera cómo el Padre de familias salió<sup>1</sup> en amaneciendo, á la hora de tercia, sexta, nona y undécima, á llamar obreros para su viña. Este Padre de familias representa á Dios nuestro Señor, verdadero Padre de familias, que teniendo en el cielo una numerosísima familia de ángeles y bienaventurados, y en la tierra á los hombres viandantes, cuida de todos y de cada uno de ellos, como si su familia fuese muy pequeña, interesándose por cada uno en las cosas más menudas que le pueden acaecer. Su viña es la congregación de los fieles, y más especialmente la de los justos, que son las cepas ó sarmientos de ella, los cuales producen frutos de bendición y el vino del amor divino, y de aquí los va cortando y trasplantando á la viña del cielo. Los obreros de esta viña son los hombres, á quienes pertenece labrar y cultivar sus almas, cavándolas y podándolas con la azada y podadera de la mortifica-

<sup>1</sup> Matth., xx, 1.

ción y penitencia, procurando que lleven ricos y copiosos frutos, no agrazones, sino uvas maduras y agradables á Dios. Y porque ninguno puede entrar en esta viña, ni trabajar en ella sin el llamamiento y auxilios de Dios <sup>1</sup>, que es su dueño absoluto; por esto Él va llamando á los obreros, saliendo ya de madrugada, porque su deseo es que todos, desde que amanece para ellos el uso de la razón, comiencen á trabajar; pero reitera las salidas, no cansándose de llamar, á unos en la niñez, á otros en la adolescencia, á otros en la virilidad, á otros en la edad madura, y á algunos en la misma vejez. Para moverles á seguir su llamamiento, se vale unas veces de promesas, asegurándoles el jornal; otras veces de reprensiones interiores, afeándoles su mala vida ú ofreciéndoles un justo precio, y otras, con imperio, mandándoles ir á trabajar por el amor de la virtud y del trabajo virtuoso. Todo lo cual ha de moverte á varios afectos de agradecimiento y alabanza de este Padre, con deseos de obedecerle cuando te llame. ¿Has sentido alguna vez este divino llamamiento? ¿Cómo has respondido á él? ¡Oh Padre de familias soberano, cuidadoso de vuestra viña y de llamar obreros para ella! Gracias os doy por el cuidado que habéis tenido de enviar desde el principio del mundo á los patriarcas y profetas, y después á vuestro propio Hijo, para que por Sí y por sus ministros la cultivase. Salid de nuevo por este mundo corrompido, y llamad á los gentiles y herejes á la fe, á los pecadores á la conversión, y á todos á vuestro servicio, á fin de que vuestra viña crezca y dé los frutos que deseáis.

**Punto 2.º** *Paga que se da á los obreros.*—Considera cómo, acabado el día, el dueño de la viña encargó á su mayordomo que pagase á cada obrero su jornal, empezando por los postreros hasta los primeros, dando á cada uno un denario. Sobre lo cual debes ponderar cómo el Padre Eterno ha encargado á Jesucristo en cuanto hombre el juicio de los obreros <sup>2</sup>, y el llamamiento para darles su jornal, y esto hace al fin de la vida de cada uno, la cual, aunque sea larga, se cuenta como un día, y aun no lo es, comparada con la eternidad <sup>3</sup>. ¡Cuánto te importa aprovechar este tiempo! Pondera luego cómo todos los obreros han de recibir su premio, los primeros y los postreros; los que comienzan temprano, y los que vienen tarde, y ni una hora de trabajo se pasará sin galardón; y, por consiguiente, cuanto las obras fueren más y mejores, tanto será el premio más copioso, porque cuando el Señor venga á juzgar, dará á cada uno según sus obras <sup>4</sup>. Mas, reflexiona cómo para premiar este trabajo, no se mira tanto al tiempo que dura, cuanto al fervor, diligencia y amor con que se toma; de donde procede que los últimos obreros, en una sola hora, merecieron tanto galardón como los que trabajaron todo el día, porque aquéllos trabajaron con mucho

<sup>1</sup> Joan., vi, 44. — <sup>2</sup> Joan., v, 22. — <sup>3</sup> Psalm. lxxxix, 4. — <sup>4</sup> Matth., xvi, 27.

fervor, con grande humildad y caridad, teniéndose por indignos de premio alguno, y esotros trabajaron con tibieza, y por fines más bajos é interesados, y con alguna presunción de sí mismos y de su trabajo, por haber sido largo. Pero, si los postreros con trabajar una hora con fervor merecieron tal recompensa, ¿qué hubieran merecido si hubiesen trabajado con fervor todo el día? Y si en el cielo pudiesen los santos tener pena, ¿cuán grande la tendrían de no haber sido más fervorosos durante su vida? ¡Oh alma mía! Pues estás en tiempo de trabajar, trabaja ahora como quisieras haber trabajado el día en que se te haya de dar el galardón; date prisa, que el tiempo es breve y el premio grande, y cualquier grado de gloria que se merece es eterno, y no es justo perder por tibieza la grandeza que durará por toda la eternidad. ¿Cómo trabajas en la viña que te ha confiado el Señor? ¿Eres de los tibios que sienten el peso del día y del calor, ó de los fervorosos á los cuales todo se les hace suave?

**Punto 3.º** *Quejas de los primeros obreros porque no les daban más que á los postreros.*—Considera cómo, creyendo los primeros obreros que iban á recibir mayor jornal que los postreros, y viendo que sólo les daban el denario prometido, comenzaron á murmurar del Padre de familias, el cual les reprendió con aspereza. En lo cual has de ponderar primeramente el intento de Jesús al hablar de este modo. Fué como decir: Son tan grandes los premios y favores que concede Dios aun á los mismos pecadores convertidos y que con fervor han trabajado poco tiempo, que si los otros bienaventurados que no tuvieron tanto fervor miraran las cosas como se miran en la tierra, se quejaran y murmuraran y tuvieran envidia de lo que Dios hace con aquéllos. Pondera aquí también las propiedades de los que sirven muchos años á Dios con tibieza, opuestas á los que le sirven menos, pero con fervor. Aquéllos presumen de sus obras y servicios por su antigüedad, y así piensan que han de recibir gran premio; éstos, ni presumen de sí, ni se tienen por dignos de premio. Aquéllos llevan el peso del día y del calor, porque la tibieza es causa de que se sientan mucho los trabajos de la virtud, aunque sean pequeños; pero el fervor hace que no se sientan, aunque sean grandes: de modo que los tibios penan mucho y medran poco; los fervorosos penan poco y medran mucho. Aquéllos son jornaleros é interesables, buscando su interés, y así son quejicosos y murmuradores, quejándose hasta de Dios, pensando que favorece más á otros; éstos sirven á Dios sin interés, por sólo amor; y así están siempre contentos con lo que Dios les da, teniéndose por indignos de ello. Aquéllos son envidiosos y se carcomen por la merced que Dios hace á los fervorosos, quieren hundirlos y despreciarlos, notándolos de nuevos en la virtud, y de que vinieron tarde á trabajar en la Iglesia; éstos trabajan y callan, deseando que Dios haga bien á todos. ¡Oh Padre celestial!

Vos, que tanto favorecéis á los obreros fervorosos y diligentes en vuestro servicio, desterrad de mi corazón la tibieza y flojedad; ayudadme para que os sirva con fervor y para que me goce de que otros muchos os sirvan de esta manera; no permitáis que sea yo tan malo, que mi ojo sea envidioso porque Vos sois bueno. ¿Sientes tú, alma fiel, alguna envidia de los bienes que reciben tus hermanos? ¿Te dejas llevar de la tibieza en el divino servicio?

**Epílogo y coloquios.**—¡Qué providencia y cuidado tan paternal tiene Dios de llamar obreros para su viña! Es, en verdad, el Padre de familias que cuida de cada uno de sus hijos como si no tuviera otro en quien pensar. Desde el principio del uso de razón le llama á su servicio con toques interiores, ejemplos y otros medios; si no hace caso, vuelve á llamarle, y así repite sus avisos hasta la hora de la muerte. ¡Bendita sea la caridad y ternura de tan buen Padre! De todos los medios se vale para obligar á los hombres á seguir su llamamiento: promesas, amenazas, reprensiones, ofrecimientos. Y cuando uno es dócil, ya tiene la seguridad indudable de que recibirá á su tiempo el galardón. Llegado el fin de la vida, Jesucristo le dará el premio, el cual será proporcionado al fervor, actividad y celo santo con que haya trabajado, más bien que al tiempo que haya durado su trabajo. ¡Dichoso aquel que sea fervoroso! Mas, ¡ay del que haya pasado la vida en la tibieza y flojedad! Entonces palpará las tristes consecuencias de su torpe proceder. El pobre tibio presume de sus obras, pensando que la sola multiplicación de los días acrecienta los méritos, siente todo el peso de su trabajo, sólo busca su interés, y así nunca está contento, y en el fin de la vida, al ver cuán diversa es la paga que él recibe de la que dan á los fervorosos, se vería mortificado de la envidia, si la luz del cielo no le descubriese la justicia con que Dios ha obrado con él. ¡Cuánto importa ser fervoroso! ¿Hemos oído el llamamiento divino? ¿Hemos seguido la vocación del Señor? Y ahora, ¿qué hacemos en su divino servicio? ¿Buscamos en él puramente la gloria de Dios, ó pretendemos nuestro interés? ¿Puede estar contento de nosotros el Padre de familias? Pensémoslo con atención, y alentémonos á reformar nuestra vida, haciendo para ello propósitos muy firmes; oremos con fervor para ponerlos en práctica, sin olvidar las demás necesidades.

## 128.—PARÁBOLA DE LA VIÑA DADA EN ARRIENDO.

PRELUDIO 1.º Habiendo un Padre de familias plantado una viña y puesto en ella renteros, cuando quiso cobrar las rentas, éstos asesinaron á sus enviados, y aun á su propio hijo; por lo cual fueron desposeídos de la viña y castigados.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús proponiendo esta expresiva parábola.

PRELUDIO 3.º Pide al Señor que te libre del vicio de la ingratitud.

**Punto 1.º Cuidado que Dios tiene de la viña de su Iglesia.**—Había un Padre de familias que plantó una viña<sup>1</sup>, púsola cerca, hizo en ella un lagar y edificó una torre, y entregándola á unos renteros, se marchó á lejanas tierras. En estas palabras descubre el Salvador la soberana providencia que Dios nuestro Señor, Padre de familias, tiene de su Iglesia, la cual resplandece en tres cosas, figuradas por la cerca, torre y lagar. Cerca es la protección de los ángeles<sup>2</sup>, que la rodean y defienden de los demonios, y detienen las fieras de los perseguidores para que no la huellen; y guardan con tanto cuidado á cada uno, como si él sólo fuera la viña que tienen bajo su custodia; pero muy más fuerte cerca es la protección de Dios, que está alrededor de su pueblo, amparándole con el socorro de sus inspiraciones, y le tiene cercado con preceptos, fortificado con promesas espléndidas para quien los guardare, y con amenazas terribles al que los quebrante. Lagar es la muchedumbre de Sacramentos y sacrificios<sup>3</sup>, en que se recoge la sangre de Jesucristo, pisada y estrujada con la viga de la cruz, en cuya virtud se comunica el perdón de los pecados y el vino de la caridad. Torre es la providencia especial de nuestro gran Dios<sup>4</sup>, que previene las cosas que están por venir para bien de su Iglesia y de cada una de las almas; además, es el templo y casa de oración donde invocamos el nombre de nuestro Señor, que es torre fortísima para nuestra defensa; y también la multitud de prelados y maestros, que, como atalayas, guardan la viña, para que ni las fieras la destruyan ni las raposas la destruyan. ¡Oh cuán generoso y pródigo ha sido el Señor para con su viña! Mira luego cómo la ha entregado á los labradores y renteros, que son los hombres, no por venta, sino por arrendamiento, porque Él se queda con el dominio, encargándonos que la labremos y cultivemos, con la obligación de darle cuentas, cuando las pida, de la parte de la viña que cada uno ha de cultivar, que es la propia alma. Luego se marcha lejos, dando á entender que nos deja en completa libertad, sin hacernos fuerza, como si no nos viese, aunque realmente lo ve todo y está en todo lugar. ¡Oh Padre de familias soberano! Gracias os doy

<sup>1</sup> Matth., xxi, 33. — <sup>2</sup> Psalm. xxxiii, 8; xc, 11. — <sup>3</sup> Isai., v, 2. — <sup>4</sup> Prov., xviii, 10.

por los bienes que hacéis á esta viña que plantasteis con vuestra mano; y pues me habéis puesto en ella y me pedís renta, no para vuestro provecho, sino para el mío, tomadme debajo vuestra protección y amparo; concededme que lleve abundantes frutos, no para mi gloria, sino para la vuestra. ¡Oh alma mía! No olvides nunca que tú eres viña de Dios, y que, por tanto, debes aprovecharte de las defensas que te ha concedido, y darle copiosos frutos de buenas obras.

**Punto 2.º** *Ingratitud de los renteros para con su amo.*— Considera aquí la ingratitude de los renteros á cuyo cuidado había puesto el Señor la viña. Llegado el tiempo de los frutos, enviéles repetidas veces muchos criados para recogerlos; pero ellos los maltrataron y mataron; luego les envié á su propio hijo, confiando que le tendrían respeto; mas ellos, sumamente ingratos, sacándole de la viña, le quitaron también la vida. Pondera aquí atentamente la caridad de Dios nuestro Señor para con los hombres; porque en todo tiempo tuvo cuidado de enviar patriarcas, profetas y predicadores que los exhortasen á trabajar en bien de la viña de su alma; y aunque ellos fueron tan rebeldes y descomedidos, que maltrataron y mataron á estos profetas y predicadores, Él, por su infinita bondad, en lugar de abrasar á estos homicidas, les dió á su Hijo unigénito, hecho hombre, para que viniese en persona á predicarles y exhortarles á lo mismo; pero creció tanto la maldad de los renteros de aquel tiempo, que se atrevieron á querer matar á este Hijo unigénito, y echarle de la viña, que era suya, entregándole á los gentiles; de los cuales, como manso cordero, se dejó prender, azotar y crucificar fuera de la ciudad de Jerusalén, y con su sangre preciosa quiso regar la viña, para que llevase fruto con abundancia. ¡Oh bondad extremada del Padre, que tal cuidado tiene de una viña tan ingrata, y tal misericordia usa con renteros tan descorteses y atrevidos! Pero mírate á ti mismo, y te verás dibujado en la persona de estos malvados renteros. Porque innumerables veces se ha dignado el Señor avisarte que cuides de la viña de tu alma por medio de los predicadores y maestros de espíritu, y por criados invisibles, que son las inspiraciones; pero tú fuiste tan malo, que muchas veces los maltrataste, y ahogaste el espíritu<sup>1</sup> que te incitaba á lo bueno, y pisaste el dictamen de la conciencia que te reprendía lo malo, y aun llegaste á crucificar dentro de ti al Hijo de Dios<sup>2</sup>, echándole fuera de tu corazón para dar entrada al pecado. ¡Oh dureza rebelde! ¡Oh rebeldía ingrata! ¡Oh ingratitude abominable de mi corazón! ¿Por qué no te ablandas con los favores inmensos que recibes, para servir como debes al Señor que te los da? Ayudadme, Salvador mío, con vuestra gracia para que desde luego comience nueva vida, abominando la ingratitude

<sup>1</sup> Thes., v, 19. — <sup>2</sup> Hebr., vi, 6.

y crueldad de estos colonos, y temiendo los castigos que por imitarles he merecido.

**Punto 3.º** *Castigo de los malos renteros.*— Considera cómo, habiendo propuesto esta parábola, preguntó el Salvador á los judíos que le escuchaban, qué debía hacer el Señor de la viña con tan criminales é injustos renteros. Ellos le contestaron que debía castigarlos terriblemente, y entregar la viña á otros que fuesen fieles en pagar á sus tiempos. Á lo que respondió Jesús<sup>1</sup>: «Así será, que os será quitado el reino de Dios, y se dará á la gentilidad, que producirá frutos con él». Reflexiona aquí cuán justo es Dios en sus juicios, pues sus mismos enemigos pronuncian contra sí la sentencia que Él había de pronunciar; y cuán abominable es la maldad del hombre contra Dios, pues el mismo que la hace, puesto en tercera persona, la reprueba y condena, pronunciando contra sí la misma sentencia que Dios había de pronunciar contra él, para castigarle como merece. Pondera luego el terrible pero justísimo castigo con que Jesús amenazó á los fariseos y judíos, diciendo que les quitaría el reino de Dios, que es lo mismo que la viña con su cerca, lagar y torre, y como los amenazó, así lo hizo, desamparándolos por su pertinacia para que fuesen destruidos. Quitóles el derecho que tenían á los Sacramentos y sacrificios, á los libros sagrados y á las leyes del reino del Mesías, traspasando todo esto á la gentilidad, de la cual recogió su Iglesia. Por lo cual tú debes escarmentar en cabeza ajena, y esforzarte en dar buena cuenta de la viña que te ha encomendado, teniendo con firmeza lo que has recibido, porque Dios sabe todavía traspasar la fe de un reino á otro y las dignidades<sup>2</sup> de una persona á otra; y si tú faltas en la fe ó religión que has profesado, llamará á otros innumerables que la guarden y lleven el fruto de ella. ¡Oh Padre misericordiosísimo y Juez muy justo! Templad vuestra justa ira con vuestra gran misericordia; y si con tales parábolas como ésta nos queréis convencer, no sea para condenarnos como á los fariseos, sino para que, conociendo nuestras culpas como David<sup>3</sup>, hagamos penitencia de ellas. ¿Reconocemos nosotros la justicia de Dios en sus castigos? ¿No tememos que nos prive de sus beneficios y gracias, si de ellas abusamos?

**Epílogo y coloquios.**— ¡Qué providencia tan paternal y amorosa tiene el Señor de la viña de su Iglesia y de la de cada alma! Después de haberla plantado á costa de su sangre y vida, la cerca con la protección y presencia de los ángeles y la suya propia; construye un lagar, que es el depósito de su divina gracia, que se halla en los santos Sacramentos, singularmente en la sagrada Eucaristía; edifica una torre fortísima, porque Él por sí mismo y por medio de sus ministros la están vigilando, cui-

<sup>1</sup> Matth., xxi, 43. — <sup>2</sup> Job., xxxiv, 24. — <sup>3</sup> II Reg., xii, 13.

dando y defendiendo; y, por fin, la entrega á los hombres para que con su cultivo esmerado dé abundantes y sazonados frutos. Pero ¡oh ingratitud enorme é increíble del hombre! Cuando el Señor manda á sus criados que reciban los frutos, son maltratados y asesinados por los renteros de la viña; y si se resuelve á enviar á su propio Hijo, se enfurecen contra Él, y arrojándole de su propia viña, le asesinan vilmente. Así procedieron los judíos en la ley antigua, los cuales, después de haber perseguido á casi todos los profetas del Señor, viniendo su Hijo, lo arrojaron de su ciudad, poniéndole en poder de los gentiles: así has obrado tú muchas veces, ahogando dentro de ti las divinas inspiraciones, y crucificando en tu corazón al mismo Hijo de Dios vivo con la culpa. ¿No te remuerde la conciencia de haberte portado de un modo tan ingrato? ¿No te hallas dibujado en esta parábola? Pues ¿qué debes hacer para apartar de ti los castigos que mereces y con que el Señor te amenaza? Con la humildad, arrepentimiento y mudanza de vida, atraerás las misericordias y perdón de tu Dios. Mira, pues, lo que debes resolver y proponer; obra como si hoy mismo hubieras de dar á Dios la cuenta; ruega con gran espíritu y fervor, pidiendo por ti y por todas las cosas que te han encargado.

#### 129.—PARÁBOLA DE LOS CONVIDADOS Á LA BODA.

PRELUDIO 1.º Un Rey celebró las bodas de su hijo, y habiendo convidado á muchos, se excusaron de asistir por varios pretextos.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús proponiendo esta parábola.

PRELUDIO 3.º Pide grande docilidad y obediencia al llamamiento del Señor.

**Punto 1.º** *Qué representan las bodas para las que Dios convida gente.*—Un Rey celebró las bodas de su hijo, y mandó á sus criados á que llamaran á los convidados. Acerca de esto has de considerar cómo el Padre eterno, Rey de cielos y tierra, por sola su bondad y misericordia, quiso que su Hijo Unigénito se desposase con la naturaleza humana, uniéndola consigo en unidad de persona, dotándola con tantas joyas de gracia y virtudes, cuantas convenían á esposa de un Hijo que era en todo igual á su Padre. De modo que no quiso que se uniese con la naturaleza angélica, que era más noble y más perfecta, y dispuso que se desposara con la humana, tan vil y fea como era después del pecado. Pero pasó más adelante la bondad de este celestial Padre, porque también quiso que su Hijo, Dios y hombre verdadero, se desposase y celebrase las bodas con la Iglesia, que es la congregación de los fieles, juntando consigo las almas justas con unión de caridad, y adornándolas con virtudes cuales convienen á esposas de tan soberano Rey. ¡Qué dicha tan grande para tu alma el poder aspirar á la dignidad de espo-

sa de Jesús! ¡Cuánto conviene para esto que te laves con la penitencia, te unjas con la devoción y te adornes con virtudes celestiales, para que seas recibida por esposa de este Esposo celestial! Mas no para aquí la bondad de nuestro Dios; porque si esta merced la ofreciera solamente á pocas almas, y esas de personas muy nobles ó muy letradas, ó de grandes prendas, fuera sin duda grande beneficio; pero muy mayor es que llama á muchos<sup>2</sup> para que tengan parte en estas bodas, sin excluir á ningún hombre, aunque sea vil, idiota ó grande pecador, y aunque le haya quebrantado muchas veces la lealtad de este divino desposorio. ¡Oh piélagos inmenso de la caridad de Dios! ¿Qué hay en el hombre para que así le magnifiquéis, y por qué ponéis en él vuestro corazón? ¿No sabéis que le es casi connatural la ingratitud con Vos? Agradece el favor más insignificante de un amigo, y no agradece los que Vos le hacéis, aunque infinitos. ¿Cómo no salgo de mí, considerando este abismo de la caridad divina? ¡Oh alma! Anímate á aceptar este divino desposorio que te ofrecen, pues con él te trocarás de fea en hermosa, de vil en noble, de pobre en rica, y de terrena en celestial. ¿Cómo debes disponerte para él?

**Punto 2.º** *En qué consiste el convite de estas bodas, y quiénes son á él convidados.*—Considera cómo, para solemnizar estas bodas, así el Rey del cielo como su Hijo Jesucristo, hacen un convite y cena espléndida, en la cual se sirven tres suertes de platos ó manjares preciosísimos. El primero, es de doctrina celestial y divina, para sustento del entendimiento ilustrado con la fe, el cual come este manjar cuando oye la palabra de Dios, ó la lee en los libros sagrados y devotos, ó cuando á sus solas la medita, comunicándole Dios luz y gusto grande en ella. El segundo, es de preceptos y consejos admirables y de grande perfección, para sustento de la voluntad deseosa de su salvación, la cual come este manjar cuando cumple la voluntad de Dios en todas las cosas que manda y en las que aconseja, infundiéndola grande alegría en esta amorosa obediencia. El tercero, es de Sacramentos llenos de gran virtud, para comunicar la gracia y las virtudes y dones celestiales, que vivifican, sustentan y perfeccionan las almas; entre los cuales el más principal es el Santísimo Sacramento del Altar, en donde el mismo Esposo Jesucristo, Dios y hombre verdadero, da real y verdaderamente por manjar su cuerpo en especies de pan, y por bebida su sangre, cubierta con especies de vino, para regalo y sustento de las almas que le reciben, y para unir las consigo como esposas, con unión de amor perfecto. Á la participación de estos tres manjares son convidados todos los hombres del mundo, ya por medio de los predicadores, que son como los criados del Rey soberano;

<sup>1</sup> Ose., II, 19; II Cor., IX, 2.—<sup>2</sup> Luc., XIV, 16.—<sup>3</sup> Job., VII, 17.